

A LA SOMBRA DE UN QUEJIGO

Situemos los acontecimientos en el puchero que conformaba la comarca palentina de La Montaña allá por los alrededores de 1123. Cuenta la tradición que el potaje de nuestra crónica se fraguó a fuego lento en el lecho conyugal que Don Rodrigo compartía con Doña María Elvira, y que el condimento que sazonó el condumio llegó en forma de sospecha de infidelidad marital. La historia que nos ocupa, anclada en los orígenes mismos del hombre y antigua como la fábula de la manzana que envenenó nuestro futuro, produjo en el monarca una suerte de úlcera estomacal que reventó como grano de pus por el orificio del rencor, que viene a ser la salida natural para las malas sangres que nos carcomen por dentro.

Wenceslao escucha absorto a su hijo Nicolás. Ya no recuerda los años que se hundió en la mina para pagar sus estudios. Solamente lo mira ensimismado mientras desea fervientemente que llegue el momento de la historia que más le gusta. Ese que Nicolás cuenta a sus alumnos con la misma pasión año tras año.

Es por este motivo que la venganza, plato que debe reposar para servirse en frío y de este modo provocar ese regusto en las tripas que despierta los jugos estomacales, condujo al protagonista a desterrar a su esposa en lo que consideró justo castigo por la afrenta sufrida. Tomando a la noche, negra y cerrada como los pensamientos de quien protagoniza el relato, y usándola como necesaria cómplice, ató las manos de su esposa antes de montarla a lomos de una vieja mula (ciega para más datos) procediendo a entregar las riendas de la montura a una criada muda. Ya solo quedaba esperar que la aurora trajese sabores a pareja de mujeres despeñadas junto al asno, pero la mañana aparece envuelta en olores a tazón de leche caliente con las nuevas de la llegada de las damas (sanas y salvas) al pueblo mientras el sol se despereza en el horizonte.

Es en este punto cuando Nicolás siempre establece un silencio cómplice que da pie a la intervención de su padre. Entonces Wenceslao relata, como siempre que se juntan para charlar un café, y de corrido que es la manera de contar aquello que tiene importancia, la historia de la mula Nicolasa. Nuestro amigo siempre explica de manera parsimoniosa que todo sucedió una mañana de cielo aborregado y tormenta fuera. Dentro, en la boca de la mina, hubo una explosión que causó graves daños y que a punto estuvo de convertir en silencio al propio Wenceslao y a su compadre Macario. Nadie se explicó cómo, pero ambos salieron a lomos de Nicolasa, mula que llevaba trabajando con ellos varios almanaques y a la que trataban como una compañera más. Y pese a salvar la vida, los tres pagaron un precio demasiado alto para una mañana que se presentaba similar a cualquier otra de tajo en la mina.

--- Ya ves, hijo. La pobre Nicolasa quedó ciega e inservible para cualquier trabajo y Macario, consecuencia sin duda del impacto de algún ademe que saltó producto de la explosión, quedó tocado de la cabeza. Pobre compadre. Se nos quedó para contar historias sin sentido. Por cierto, creo que nunca te he contado que te pusimos Nicolás en honor a la mula y a que, casualidades de la vida, todo sucedió un seis de diciembre, víspera de villancicos y celebraciones.

Nicolás asiente mientras la comisura de sus labios esboza una sonrisa de resignación y continúa con la historia mientras Wenceslao permanece absorto en sus pensamientos, como si la memoria hubiese encontrado la salida al laberinto que conforma el olvido.

Hundiendo la rebanada de los recuerdos en el cuenco de leche tibia quedan al descubierto los posos que nos recuerdan que, amén de salir ilesas de un destino cruel, mientras cruzaban el puente la sirvienta muda se arrancó a cantar (como si de una saeta medieval se tratase) el Salve Regina. Posteriormente, y ante el Juez Real, desmembró una por una todas las falsas acusaciones de adulterio de su señora y es por esto por lo que la condesa pagó el justiprecio del esclarecimiento de los hechos erigiendo en su honor la Colegiata del Salvador y ordenando, en muestra de

agradecimiento a la sirvienta que tanta ayuda prestó, que Colegiata y pueblo recibiesen la denominación de Cantamuda.

... ..

El aroma a petricor inunda unas montañas que se abren de piernas para ofrecernos el tesoro oculto de la Colegiata que protagoniza la crónica que con tanta pasión relata Nicolás, y que protegida por las siete llaves del románico eterno, comparte espacio con las minas donde puñados de trabajadores, entre ellos Wenceslao, labraron el porvenir de sus hijos. Porque la grandeza de aquellos obreros de la montaña, rudos como la piedra que picaban, siempre radicó en su capacidad para cincelar momentos que resisten el paso de los tiempos lo mismo que la colegiata ha soportado estoicamente más de mil nevadas.

Ese (y no otro) es el motivo por el cual, a esa hora mágica en la que las tardes de verano se marchan como los amigos de la infancia, nos vienen a la cabeza historias que ya creíamos olvidadas. Como la sucedida aquella mañana de abril, aunque el bueno de Wenceslao se empeñe en situar la escena bajo las nieves del invierno norteño, cuando la mina, perra vieja que siempre utiliza una baraja marcada, ya tenía decidida la partida a jugar. Duele recordar que la mula Nicolasa ya estaba ciega al toque de entrada a la mina; Y un pinchazo, similar al que produce el hambre atrasada en las tripas, se clava como una piqueta cada vez que piensa que no fue Macario quien recibió un golpe que dejó, en palabras de Miguel *el medimetro*, minero de baja estatura, pero altas prestaciones trabajando, su cabeza floja. Que fue su padre quien regresó a casa, tras más de once meses en el hospital, sin saber apenas quien era ni dónde estaba. Y que lo recibieron su Dolores, mujer e hija de minero que cargó en su nombre (sin saberlo) el destino cruel que la esperaba, y él mismo, el hijo que nació en agosto quince años antes de la tragedia; Por mucho que su padre se empeñe en querer recordar que le pusieron de nombre Nicolás en honor al santo que lo hizo nacer de nuevo aquella mañana de mil novecientos tristeza.

... ..

Si visitas la colegiata podrás ver, a la diestra de la vereda que conduce al pinar situado a su vera, y oculta a los ojos de quienes no conocen la historia, una pequeña

cruz de madera hábilmente disimulada bajo la sombra de un quejigo. En ella, una inscripción recuerda a la fiel compañera Nicolasa, que un catorce de abril de mil novecientos tristeza no dudó en arrancar de las pezuñas de la muerte a dos mineros. Y pese a que Wenceslao esté convencido de que ella aún acompaña a Macario en el tajo diario, lo cierto es que Nicolás, una vez fallecida la mula, y en agradecimiento por los servicios prestados, depósito allí sus cenizas. No se le ocurrió mejor lugar para honrar la memoria de quien puede permitirse descansar en paz por el trabajo bien hecho. Lo cierto es que no lo hay.